

Filología

N.º7

Octubre de 2018

Filología

Gacetilla académica y cultural

Gacetilla bimestral, Vol. 2

Octubre de 2018

ISSN: 2619 - 5305 (en línea)

Medellín, Antioquia

Dirección editorial:

Santiago Hernández

Maira Alejandra Zapata

Edición y corrección:

Laura Correa Lopera

Mario Martínez Présiga

Sebastián Castro Toro

Luis Fernando Quiroz

Asistencia editorial:

Mirey Córdoba Pérez

Sebastián Agudelo

Federico Jiménez

Diagramación y diseño:

Mirey Córdoba Pérez J

Juan David Gil

Johnnatan Naranjo Cuadros

Arley David Palomino

Índice

4 Editorial

Ají picante al todo vale estudiantil

7

Narciso Crespo Crespo

11 Polillas

Birks Pozo

Ondean la sierra

14

Camilo Franco

23

El envés de las palabras. Trilogía 1, texto 2

Pedro Agudelo Rendón

Educación superior: un pilar de la nación que requiere atención

28

Felipe Osorio Vergara

34

Quinto Día

Lorena Arrubla

Maná

35

Alejandro Vega Carvajal

36

Lectura recomendada: "Las grosellas"

Antón Pávlovich Chéjov

Editorial

El día 6 de diciembre de 2017, Filología. Órgano de difusión estudiantil publica su primer número con una preocupación fundamental: el quehacer filológico, especialmente dentro del contexto universitario inmediato. Esta preocupación ha figurado como centro de discusión principal durante nuestros números anteriores. No obstante, la pregunta por ese quehacer filológico contextualizado ha ampliado el panorama y nos ha llevado a otras consideraciones y preocupaciones. Así, en los números segundo y tercero, el artículo editorial propuso la discusión acerca del papel y sentido específico de la filología en el siglo XXI, en la Universidad de Antioquia y en el pregrado desarticulado del que hacemos parte. Del mis-

mo modo, el siglo XX, víctima de la burocratización universitaria, aparece en el cuarto y quinto número, así como en los dos anteriores, como clave esencial para comprender el contexto inmediato del que nuestra disciplina hace parte. Sin embargo, en el anterior número la editorial viró a otra cara del dado para hacer frente a una problemática que no es, ni debería resultar, ajena a ninguno de los integrantes de la comunidad universitaria. Aquella es la de la situación actual de la universidad y la educación pública en el país.

La gacetilla, como cualquier manifestación cultural y académica, habrá de transformarse de acuerdo a aquellos cambios de orden social que la abarquen

o que por ella pretendan ser abarcados. Por ello, para este número hemos invitado especialmente a toda la comunidad de la Facultad de Comunicaciones de la UdeA a participar, de modo que la situación que ha estado movilizándolo al país pueda ser expresada en diversos términos y variadas opiniones. Sin embargo, esto responde no solo a la coyuntura actual, sino también a la intención de aumentar nuestra capacidad de convocatoria, para de este modo crecer, alcanzar un público más amplio y ofrecer unos contenidos más diversos a nuestros lectores. Filología pretende, de este modo, ser versátil y atender tanto a la pregunta por la disciplina que nos convoca, por un lado, como a la preocupación por la inteligencia social, la academia y la creación cultural y artística, en especial la literaria, por el otro. Tal es el norte de la nueva dirección editorial.

Para este número contamos con un repertorio que tiende a lo literario: Carlos David Valencia, Camilo Franco y Birks Pozo nos comparten cuen-

tos; Cristian Madrigal y Lorena Arrubla poemas; Alejandro Vega un relato; Pedro Agudelo la segunda parte de su trilogía «El envés de las palabras». Finalmente, Felipe Osorio Vergara nos comparte un informe referente a la situación de desfinanciamiento de la universidad pública y el grupo M.E.V. su opinión respecto a la manera en que los estudiantes se toman la situación actual como excusa para la fiesta. Por último, recomendamos la lectura de un cuento de Chéjov en el que una conversación entre viejos amigos se ve interrumpida por la angustia de actuar ante la miseria humana.

Desde la dirección editorial agradecemos encarecidamente a quienes nos precedieron en el cargo, a nuestro equipo editorial y al público por comprender los cambios mencionados y por ayudarnos a construir un medio crítico y sensible. Esperamos contar con ustedes.

Vida del pregrado

Ají picante al todo vale estudiantil

Movimiento de la Empanada Vaticana (M.E.V.)

Si alguna virtud tiene el estudiantado cuando se moviliza por causas relacionadas con la defensa de la educación, es sin duda la capacidad crítica frente a lo que nos afecta. Sin embargo, si algún defecto tiene el movimiento estudiantil es su incapacidad para la autocrítica y para recibir comentarios de manera constructiva y no como mera reacción. A lo largo de nuestras vidas universitarias —porque hay varios detrás de este gastronómico seudónimo-capucha— hemos sido testigos de un fenómeno preocupante: el dogma de que si es estudiantil es bueno. No realizaremos un repertorio del uso abusivo de este absurdo ético y político; cualquiera que haya prestado atención en asambleas podrá recordar casos.

Todo este rodeo es para realizar una crítica al actual movimiento estudiantil a partir de la que puede ser su expresión más caricaturesca hasta ahora... Wait for it, wait for it... Así es, ¡la Farra kantiana por la educación! Y ahora su eslogan desbordante de inte-

ligencia y creatividad: ¡donde la podrás idealizar! Un saludo para los compañeros de Derecho y Ciencias políticas, que sí saben usar a Kant para la acción política, no como los filósofos y sus estudiantes.

Ahora, debemos ser categóricamente imperativos o, mejor, imperativamente categóricos en que no tenemos nada contra las farras, ni mucho menos. Es más, por allá estaremos perriando, como estuvimos en la mítica Mocha, en las farras de Ingeniería, en las de Educación —amenizadas por Rollo, nuestro sospechoso Gerlein asambleario—, y en las más recientes de Comunicaciones, etc. La fiesta, el desfogue colectivo, es un elemento fundamental para toda comunidad —lo dicen los de antropología, conste—. Y nos escandalizamos como todos cuando nuestro exdictador Mauricio Alviar —ya exiliado a la Escuela de Ingeniería de Antioquia— quería prohibir las fiestas dentro de la universidad. Pero ¿realmente una farra se realiza por la educación?

Seamos honestos, la farra se realiza por las ganas de farriar. De ahí a que sea un elemento útil a la lucha por la educación, falta. ¿Por qué? Porque el desfogue colectivo es eso: desfogue. No hay un encuentro alrededor del problema, no hay ninguna labor formativa, no hay nada más aparte de la farra, aunque se griten vivas por la educación pública entre canciones. Un elemento fundamental de una farra es que nada importa fuera de ella, la gente festeja para olvidarse, para disfrutar. No para pensar, no para trabajar colaborativamente. ¿Que es otra actividad para mantener la universidad llena? Claro, una farra tiene mucho poder de convocatoria, porque festejar es rico, pero luchar por la educación, o por lo que sea, no tiene que ser placentero. El punto es que la capacidad de convocatoria de una farra debería articularse con actividades formativas que usen esa capacidad de convocatoria para los fines del movimiento estudiantil, como se ha hecho en otros momentos; pues si la Farra kantiana, o cualquier otra, no atiende a los fines del movimiento, entonces no tiene ningún fin distinto al de la farra misma, y lo que se está idealizando no es la educación, sino el hedonismo individualista, aunque ocurra en masa. Y, si esto es así, ¿dónde está el espíritu crítico? No todo vale, y no toda actividad que realicen los estudiantes sirve a la educación ni a la lucha, porque el estudiante no es per se activo, crítico y consecuente con su posición en una sociedad profundamente desigual y violenta; si esto fuera así no sería

necesario realizar actividad ninguna para que la totalidad del estudiantado se movilizara por la educación. El estudiante está en formación, por eso es un estudiante y no un estudiado. No hay que olvidar que el estudiantado está conformado por individuos comunes y corrientes, y que su desempeño en defensa de su propia condición depende de la conciencia frente a tal condición. Hay que tener claros los fines y hacer que los medios sirvan a ellos.

M.E.V. (Movimiento de la Empañada Vaticana)

¡Hasta que las lucas alcancen!

P.D.: El M.E.V. es una organización independiente con ánimo de hambre pero no de lucro y no tiene ninguna filiación con otros movimientos reencachados —o reencapuchados— empezados por la M.



COMUNICA
DESDE EL
12

4 OCT

6:00 PM

**FARRA KANTIANA
POR LA EDUCACIÓN,
DONDE LA PODRÁS IDEALIZAR**

PRIMER PISO DEL BLOQUE 14 - UDEA

ORGANIZA: FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS POLÍTICAS

Miscelánea

Miscelánea

Polillas

Birks Pozo
birkspozo@gmail.com

— Yo era una mujer exitosa y feliz. Había trepado con paso firme, y en tacones, todos los escalones que había que trepar en la vida: colegio, universidad, marido, posición privilegiada en un banco, hijos, etcétera. Todo el paquete. Después, sin enterarme cuándo, estaba divorciada, los hijos vivían con el papá y me fueron degradando hasta que mis servicios “ya no eran necesarios”. Mirá, me quedé sola. En mi puesto pusieron a una putica que se ve bien en tacones, casi tanto como yo cuando me contrataron... ahorita me saludó toda sonriente, como si fuéramos amigas, mientras yo salía con el resto de mis cosas en esa caja... la muy perra — le explicó a su compañero de bebida, un cliente habitual, y sorbió un trago del ron con Coca-Cola que me había pedido.

Era una recién iniciada en la hermandad de los escupidos. Y a su lado,

abriendo y cerrando un libro que leía, la escuchaba uno que podía ejercer como superior de la secta. Cerré la puerta para que la lluvia no empapara el piso e hice como que no oía mientras brillaba los vasos whiskeros hasta hacerlos rechinar. Seguí oyendo los lamentos de esa rubia que ya debía estar en la edad de la decadencia pero que todavía irradiaba vida por los ojos, entre el escote del vestido negro. Tenía cierta alegría en la mirada que la hacía verse más joven de lo que era, pero el recuerdo es borroso, porque pronto desapareció. Ya casi no quedaban polillas suicidándose contra el bombillo, habían dejado de pasar buses, cuando ella ya metía su cara en el pecho de Carlos. ¿Cuántas tardes y noches completas le había servido aguardiente al desempleado de profesión?, ¿al filósofo de la cantina? Cuando escampó, a eso de las doce de la noche,

pagaron sus tragos y salieron tambaleándose hacia la puerta. Carlos se veía contento. «Mañana hablamos, mono», me dijo, y salió cargándole la caja a la mujer que lo cogía de gancho, descalza, llevando los tacones amarillos en las manos. «¿Y quién es esa?» Me preguntó una de las muchachas, celosa.

El día que la volví a ver ya no usaba tacones ni vestido. Andaba cogida de la mano de Carlos-poeta. Ahora de jean y blusa, con zapatos de tenis, como pa' salir volada. Tomaban guaro —de la cuba libre solo quedaban memoranzas— de cinco de la tarde a tres de la mañana y pasaban de exigir rancheras a bailar salsa. Había sacado lo del abono para la pensión y se lo estaban farriando. «Igual aquí ya nadie se jubila», decía. Era buena plata. Fueron meses de bonanza. Pero de eso tan bueno no dan tanto, o no dura. Y pues un día llegó pálida y con cara de hambre.

—Q'hubo, ¿y el Carlos? — le pregunté.

—Anda buscando trabajo.

—¿Trabajo?, ¿Carlos?

—Él va a cambiar, así como yo cambié. Por cierto, yo también estoy buscando trabajo...

Se volvió a poner el vestido negro y los tacones amarillos. Y al principio le fue muy bien, claro. Me decoró el bar con toda la ropa fina que tenía, renovó el armario de todas las muchachas cuando le tocó vender cosas. Pero la cara se le fue cayendo de las ojeras. Cada vez más pintura en el rostro para simular la vida que estaba perdiendo. La primera vez que entró aparentaba unos cinco años menos de los que tenía, la última vez que la vi sumaba veinte. Yo limpiaba los vasos hasta que rechinaran mientras los hombres se acercaban a la barra para hacer el negocio. Y a veces, antes de que las polillas del día terminaran de suicidarse, llegaba Carlos de su inútil búsqueda —y no porque no pudiera conseguir cualquier trabajo, cualquier trabajo siempre se encuentra, el error es tener ambiciones, esas son privilegios de la buena gente— y se sentaba a ver cómo se le llevaban a la mujer, o cómo volvía cojeando con la mirada perdida, vuelta hilachas; como las polillas pisadas en la baldosa.

El hombre volvió justo a donde estaba antes de que apareciera ella. Carlos-busca-trabajo, que siguió a la época esplendorosa de Carlos-poeta, había vuelto, mordiéndose la cola, a Carlos- filósofo-existencialista-de-cantina. Y muchas veces la vi quedarse paralizada mirando por el ventanal la carrera de los buses que hacían crujir el pavimento mientras Carlos le hablaba del absurdo de la existencia. Algo de lo que ella solo había escuchado en canciones. El sin vergüenza se le metió con la voz aguardientosa hasta el pecho. Lo sé porque luego, cuando estaba sola, se sentaba en la barra a esperar clientes y mientras tanto me decía, «¿cómo no me di cuenta de todas esas cosas cuando era joven, cuando pude haber hecho algo con mi vida?», y le brillaban los ojos por las lágrimas que se detenía de regar para que no se le corriera el maquillaje.

Un día pasó por aquí, seguramente iniciándose en las juergas, un hijo de ella. Llevaba varios años sin verla y no la reconoció, incluso le preguntó que cuánto cobraba. Ella lo miró atónito y no le respondió nada. El pelao se fue con otra y ella quedó aquí, parali-

zada. ¿O sí la habrá reconocido? De ahí se terminó de hundir. Y quiso refugiar la cabeza en el filósofo de cantina, como había hecho la primera vez que entró al negocio, pero ahora él se sentía asqueado de ella, porque se había degenerado, porque estaba podrida como toda la ciudad, le dijo. Y estoy seguro de que no fue un accidente que uno de esos buses haya crujido sobre ella.

Carlos le dedicó un par de borracheras, obviamente. Lloró por ella cuando llegó y le contamos, porque el hombre no estaba cuando pasó. Pero se recuperó pronto y volvió a las meditaciones y las lecturas en la barra y purgó remordimientos escribiéndole poemitas. Uno no puede echar culpas, porque nunca se sabe, hasta terminarían diciendo que es culpa mía, pero el tipo tiene algo de asesino de cosas inocentes. También quema las polillas que se sienten atraídas por él, mirá, como esa lámpara.

Ondean la sierra

Camilo Franco
camilo.francom@udea.edu.co

Tengo tantos pensamientos guardados que ya no sé dónde podrán estar. He almacenado, incesantemente, recuerdos y sueños irrealizables de un modo que, ahora que intento reflexionar con los ojos puestos en la mezcla de la que me he formado, hallo completamente risible. El baúl que siempre olvido en mis viajes no es tan distinto al baúl de mis esperanzas, ni el viaje a la vida misma. ¡Qué inconstancia soy yo!

En uno de los viajes que hice a las frías montañas antioqueñas, tierra de arrieros y devotos, paré de repente en una de esas tiendas que, instaladas de improviso, se asientan a la vera del camino. Camino de herreros, de mulas y andariegos. Vera que aguarda sin sa-

ber a quién. Paré de repente, como dije, hablé de palabras quietas a Fidelio, mi caballo de paso fino, y halé el freno. Se detuvo y relinchó. Digo de paso fino porque así lo es para mí, para otros... hasta dirán que no es más que cascós y huesos. Pero es Fidelio, de paso fino, porque es firme y fiel y porque era de mi padre Arnulfo. Porque me recuerda a él. Porque me lleva, como él.

Me apeé del caballo y saludé a los comensales de la fonda que inquietos me miraban. Y vi, en el mismo tiempo en que desenredaba las marañas de lóbregas miradas, los chorizos caseros que ondeaban sobre el fogón de leña dejando ver entre el humo y el recelo sus carnes combinadas de aliños, cueros y

cuidados; vi las arepas, de todo tipo de maíz y redondez conocidas, asarse lentas en las brasas: arepas amarillas y blancas, otras quemadas; vi, del caldero que hervía, el humeante espesor del sancocho de gallina, sancocho de día y de noche que, trasnochado al fresquito, se eleva en vaporosos sentimientos a la luz exigua de las estrellas; el extraño sabor del sueño y del recorrido brotaba en albores confundidos de adobos en una de esas presas de gallina bien buenecitas; vi, cómo no, las olladas de aguapanela, chocolate, mazamorra y guarapo y las jarras de aguardiente que en las fiestas y noches de espesor calientan al más entumecido y animan al más huraño; vi los gorriones que descalzos corrían, vi en sus aleteos las mismas alzadas en vuelo de esos aguiluchos que de juego en juego, parqués en parqués, carta a carta y cuento a chascarrillo se embeben ahora en la tierna y roída estaca del tiempo, exprimiendo con sus manos magentas esa ruana de sueños que creen aún los cobija; vi todos los platos sucios y por ensuciar como si de amores, pasiones y sueños se tratara, unas que se apilan, otras que se rompen, otras que se limpian y otras que se

quebran... vaya uno, pues, a separar la arcilla de la porcelana; vi de cuanta estampilla y figura de santos y ángeles se apegan para seguir allí; vi de esperanza e ilusión puestas en la divinidad, como vi de las mismas puestas en el día que, sin vaticinarse fértil, se cultiva el intricado amor; vi de sueños a ensoñaciones y de desamores a culebras marchitas que como mariposas revolotean en los vientres; vi de la vida y la vid como del letargo al vino y a la muerte y la mortaja; vi en esa fonda caminera, en sus gentes y en toda ella, en esos chorizos que humeantes se oreaban, la humanidad en pequeño con toda su intrincada grandeza. Pero la mirada se cansa como se cansa el corazón. No duraría, me dije.

—¡Ave María purísima! —Me gritaron de debajo del fogón.

—¡Sin pecado concebida! —repu-se buscando a mi interlocutor.

—Bien pueda siga, muchacho, y dígame qué va a comer. —finalizó la voz.

Fidelio relinchó roncamente ale-

jándose de la fonda. Lo amarré a un palo de guayabas que se veía firme y le di del agua que había cerca. Relinchó de nuevo. Me quité el sombrero y acomodé mi ruana. Aún no veía a quien hace un instante me invitaba a seguir...

—¡Entráte pues, que parecés un espanto ahí parado! —Me gritaron del fondo los que, sudorosos, pilaban el maíz para hacer más de esas arepas.

Entré y busqué una mesa apartada del ruido de los jugadores, del humo del fogón y su ceniza, de los desperdicios de los puercos y de las pisadas de los niños. No la encontré. Terminé sentado al lado del fogón calentándome las orejas, no solo con los chismes de las lenguas pícaras sino, también, con ese fueguito incipiente y maltratador. Acabé con el pantalón empuercado, con los niños revoloteándome al lado, pisándome aquí y allá y mirándome con desprecio. ¡Y lo que faltaba!, terminé jugando parqués con las fichas azules al lado de esos campesinos que solo aceptan a sus pares y que en escabrosas palabras lo condenan a uno a una marranera o a un nido abandonado... cómo odio ese

bendito color. Rehuyendo del destino solo se acorta el camino a lo inevitable. De leguas a centímetros, recluido por un deseo caprichoso, asimismo entendí la vida indómita. Capricho del deseo y cómplice de aquel...

—Sacó un par, vuelva y tire —Me despertaban del ensueño Arcesio y Luciano—, ¿vos sí sabés jugar parqués?

—Sí sé. Mas no sé jugar con la impaciencia y la ambición. No me afanen que no me gusta que me afane nadie —decía para mí mismo y tiraba los dados y movía las fichas entre falsas carcajadas—. ¡Vea, me lo comí y estoy a tiro del cielo! —Finalicé en público.

—Ya ve que sí... pero acá no le decimos cielo sino infierno —concluyó Luciano metiendo la fichita en la cárcel.

No entendí. Seguí jugando y, como soy bueno, gané. Metí todas las fichitas azules al infierno —Ve, no haber apostado—. Me sirvieron dos guarapos, tomé aguardiente y comí arepas. Me rellenaron de sancocho y me remataron a punta de chorizo y longaniza. Dizque

longaniza y chorizo son cosas distintas. ¿Cómo se distingue pues, en el aire, al uno del otro? Hay embutidos, como sueños y amores, que solo si se prueban, si se sienten arder en nosotros se pueden reconocer. No solo es distancia y contenido. No solo...

—¿Para dónde va, muchacho? —me preguntaron.

—Me dirijo a las montañas, al norte. —repuse señalando el camino. Fidelio relinchó.

—¿Y va a amanecer aquí o de largo en la noche sigue, muchacho?, vea que está muy tarde ya. —repuso la que primero me saludó y por fin veía. Mujer anciana de canos cabellos por el tiempo y las cenizas de las arepas. Enjuta y atrevida. Era una madre, tenía que serlo, así se tienen que ver las madres, ¿no?; así lo reflejaban sus manos, y demás que su corazón. Así recuerdo yo que son, ¿o no? Una augusta madre...

—Mi señora —contesté interrogándola con mi mirada—, continuaré bajo la luz de la luna y el amparo de

las estrellas, Fidelio, mi caballo, y Dios bendito.

—Muchacho, muchacho —continuó mientras amasaba con más fuerza las arepas—, usted sabe que por aquí espantan y pasan cosas raras. Usted sabe bien de apariciones. ¿La ve?, vea esa luna... pura luna de noche de brujas, duendes y diablos. Capaz que hasta el mismo Infierno se abre en la montaña para atraer a algún desprevenido. María Santísima, muchacho... ellos juegan con la mente de uno.

—¡Sacó par! ¡Vuelva y tire que está a tiro! —Escuché del fondo. Seguían con ese bendito parqués.

—Mi señora, estése tranquila que yo conozco el camino a las montañas como me sé el himno antioqueño. »¡Oh! libertad que perfumas —comencé— las montañas de mi tierra, deja que aspiren mis hijos...»

—Muchacho —me interrumpió en mi canto—, hágame caso. Vea cómo ondean esos chorizos y se queman de medio lado las arepas... no salga, no

salga, quédese, vea este aguardientico, éntrese.

—Mi señora, tengo que llegar antes del alba al fondo de las montañas y ahora he de partir. Écheme la bendición, prenda una vela, empáqueme unos jotos con esos sobrados de sancocho, dos chorizos, tres arepas y relléneme esta bota de aguardiente para el frío. Que de frío es lo único que se va a abrir la montaña.

—¡Bien pueda lleve!, yo lo invito... pues como está la noche, hasta puede ser su último chorizo, muchacho. Venga le empaco tres, mejor. Sí, mejor...

Me empacó con recelo las viandas, prendió una vela a medio quemar —azul, por desgracia— y al lado del santo de las espigas puso un anís. Fidelio casi que no se deja desamarrar del palo. Seguía con ese relincho todo ronco, como herrumbre.

—Adiós, pues. —dije cuando ya sobre Fidelio estaba.

—Muchacho, se le olvida el baúl.

—Me dijo de espaldas la señora.

—El baúl, el baúl, el baúl. —Oí del fondo de la estancia en voces pendencieras.

—Yo no traje baúl alguno, señores —Exclamé cuando aún la consternación no me había dominado por completo—. Me disculpan. Muchas gracias. Bendiciones. Adiós, pues.

Eché a andar, con dificultad pues Fidelio estaba como una mula y no como un caballo de paso fino. «Esa vela demás que se apagó» pensé. En un instante al arrullo de la noche lo corrompió un coro de cocuyos inesperados y roncós: «El baúl, el baúl, muchacho, el baúl» cantaban unos y de inmediato les respondían otros: «¡Ah!, verdad, verdad...».

Me sobrecoje andar por la noche inhóspita que se expresa en las montañas; montañas que son testigos del paso turbulento de los años y de los hombres y que esconden en sus faldas y sus laderas los secretos de los amantes fugitivos; amantes que no fueron como las

cavernas brillantes que como refugios al errante viajero sirven; cavernas y montes de alturas lozanas y follajes de espumosa esperanza; inhóspito todo lo conocido, todo montañas; andar con el mismo torrente de manantiales prístinos que del piedemonte en finos hilos de topacio bajan, bañando el alma que aún adormilada viaja a distancias insondables, como el mismo deseo del mañana y que se hunde en abismos inconclusos por la Constructora ineficaz de la vida: todo agua, hasta lo seco. El viento, que en llamas se filtra por los pasadizos de los poros en la virginal piel andariega, es como el recuerdo al final de la vida que inicia. Las piedras, que cayendo anuncian mi paso, suben colina arriba cual si fueran coro de bailarinas en feria de pueblo, demarcan el camino, camino de eternos, camino de errantes: todo morro.

Descubro, entre los vericuetos del camino, el paisaje lacrimoso en que me he adentrado y del que me cuesta apartarme. Meditabundo, por las razones que así me envuelven, regreso a la imagen primera de aquella noche, tal vez incierta, en que el pavor se pintó

de nuevo en mí. Cuánto se expresaba en esos paisajes que nunca nadie pudo pintar de esos colores anodinos que se sienten virar en la calentura del recelo, ese enojo hecho pinceladas que se confundía con las texturas de las sombras y los devenires de pasada la tarde... aquella tarde, ¡no!, aquella noche. Si fuera pintor, aun con mis aceites y cabellos, arrastrado al lienzo del camino, intentaría esbozar la pérfida mirada de aquella, la Constructora ineficaz, con esos lívidos fanales que aún me ven — lo sé, aún lo hacen, como aquel día—. Si de pintarla dependiera ahora, pintada estaría para ignominia mía y de todos. Pero mi mano vacila, de nuevo. No podré repetir aquel movimiento. Temo que la pintura cobre vida, otra vez, y la impaciencia y la angustia sean mis artistas. Al frío desespero, frío se lo talla. De ser escultor, aun si es con la tierra de las uñas, lo esculpiría. ¡Que otros lo vean!, que yo ya lo conozco y me lo sé de memoria. Pero mi mano vacila, de nuevo, y desoriento el movimiento... me cincelo. Ahora me siento vacilar y la exasperación que exudo, otra vez meditabundo, es como aquella noche. ¿Como ahora? Con la pesadez de la inadverten-

cia, con la torpeza a la que me conduce la luz exigua de esos ojos, de nuevo, ya no vale pintura ni talla alguna contra despropósito, el frío, la noche y la luz. ¿De nuevo? Desvaído lienzo, resquebrajado mármol, fría noche, frías mientes. Somos, tan solo, almas calientes en vasijas de hielo. Todo frío y todo noche...

—¡Oh, vida!, cómo es que jugás así conmigo ahora que hace años me siento como dormido, cual chiquillo, en tus brazos de tiempo y sapiencia. Un sueño de verdad, oh vida, vida... ¡Debí ser yo! —Grité a la nada sin razón alguna y Fidelio me arrojó de él relinchando agudo— ¡Debí ser yo! —Repetí y él se escapó abandonándome a mi suerte marchita— ¡Debí ser yo! —y, clavando mi cabeza en la tierra, rompí en llanto al tiempo que el insondable cielo nocturno lo hacía también.

¡Qué pecado el que se observó! Efímeras lágrimas luctuosas de un ser indigno entremezcladas con las perlas divinas y eternas del Creador. Marginal sacrilegio. La Humanidad divina y la Divinidad mundana. Pecado. Así soy y así es la vida que por mala suerte me

tocó. «¡Debí ser yo!» oí de un árbol cantar. «¡Debí ser yo!» le respondí inconsciente y el silencio ya no reinó más en esas tierras. Mundanal ruido inquisidor que quebranta los huesos y pudre la carne, mundanal ruido que doblega las voluntades indómitas. Solo ruido. Solo monte. Solo frío. Solo yo.

Anduve. Seguí andando, como pude, a tumbos, ciego y moribundo, guiado por la fuerza incomprensible de los destinos trágicos ya trazados. Anduve, montaña arriba, según cuentan los guijarros desprendidos y el vaivén de los chorizos que caían de mi bolsa. Me creí Sísifo, uno aún más condenado y mohíno. Sentí yacer mi ya execrable cuerpo sobre una sierra pelada y me sentí perdido cual polluelo sin su devota madre —Así se sienten, ¿o no?— Lloré en sollozos secos, helados por el canto de la selva y el baile de la luna muerta de linterna. Se me regó el aguardiente como se me regó el amparo de la noche que creí guardiana. Todo reguero. Todo tiempo. Todo olvido. Todo pasa. Y cuando me creí en mi final, sentí el sol de nuevo en mi rostro. ¡Y me vi perdido en aquella sierra, lironda, que antes

decía conocer! No supe cuánto anduve, descalzo, como esos gorrioncitos de la fonda y ya me veía, en cambio, como otro aguilucho en otra estaca, en otra parte, en otros sueños. Con humeantes sabores a otros recuerdos. En últimas, no me veía. No sé. Sí, se apagó. Conocer. Olvidar. Otra vez perdido... y con razón: ¡había olvidado el himno antioqueño!

Me levanté, retorciéndome en la sierra con cuanta ínfima fuerza pude acumular, y sentí las perlas de nuevo caer y desvanecerse en ígneos pensamientos, y cuando medio erguido estaba le grité: «¡Tornasol de vida que regís al universo, miráme y decíme por qué no recuerdo el campo, el camino, los rostros, el relincho, la sierra... un solo verso!». Esperé por el canto como quien, ya desahuciado, espera la muerte; como quien espera al amante; pero en mudez se durmió o ni me escuchó. Y entre los gritos y secretos que el viento bandido arrastra en complicidad con el tiempo, de la nada que es el mismo todo, escuché cantares de libertad, soles libres, hierros, perfumes, cóndores, gentes, cabañas que blanquean, cornetas que gi-

men, arboledas de perros, campanas de júbilo, hachas, bosques, hijos con querellas; de todos, de esos, de los tiempos inmemoriales, sé cantos.

Y arrancándome las carnes de mis famélicos huesos, en pelada sierra, recordé y entendí aquella fuerza que hasta allá me guió. Entendí. Y canté, como si de cantar viviera, canté cuanto pude recordar y al vacío recité: «¡Nací sobre una montaña, mi dulce madre me cuenta que el sol alumbró mi cuna sobre una pelada sierra...!»

—¡El baúl, muchacho, el baúl...!
—Me interrumpió una voz que venía del corazón de la montaña. Corazón.

Volví mi cuerpo en dirección a la fuente. Los vi. Los vi. ¿Sí?, sí, los vi. Los vi señalándome el camino y señalando aquel olvido que no es más que un camino. Lo entendí todo. Todo. Entendí por qué volví a esa sierra. Escuché un relincho a lo lejos, clarito, de despedida. — Ve, y sí, era todo cascotes y huesos. Y era todo corazón.— Ya era todo sol y todo frío. Pero, igual, todo estacas y mohíno. «Debí ser yo» Pensé de nuevo al verlos a

todos. Debí ser yo.

—Ahora que, de verdad, no te olvidé —dije— no me quedan más viajes... Con que acá te escondías, baúl.

Volví de nuevo el cuerpo, lo que quedaba de él. Ahí estaba: Ruido y Silencio, Mundana y Virginal: Andes.

El envés de las palabras. Trilogía 1, texto 2

Pedro Agudelo Rendón
pagudel3@gmail.com

Para determinar la tarea y el límite de nuestro hacer interpretativo, nos vemos devueltos a la pregunta por el ser del interpretar. Pues ¿qué es un signo? ¿No será que, tal vez, todo es signo? H.-G. Gadamer, 2006 Si resulta necesario empezar por la interpretación filológica, es porque se trata de un tipo de interpretación que los filósofos toman con frecuencia como la más fundamental. Probablemente les es también más familiar que las demás. Es difícil imaginar filósofos o profesores de filosofía que no se consagren a la interpretación de textos. J. Grondin, 1955

La forma en que las palabras descubren el mundo no dista mucho de la manera en que un signo constituye

un modo de operación sobre el mundo de las cosas y produce en la mente una idea o un concepto. Por eso no es fortuito que, tanto para el filólogo como para el semiota, el signo constituya el punto de quiebre de la reflexión sobre lo filológico y lo semiótico, o sobre lo filosemiótico. Esto no deja de lado ninguna reflexión sobre la filosofía; antes bien, la incluye, pues la semiótica, lo sabemos por Peirce, es la intercepción entre lógica, fenomenología, ontología y metafísica, solo por mencionar los principales rostros en que el análisis de los signos suscribe la pregunta por la existencia, la realidad y las cosas. La semiótica, entonces, no solo es la pregunta por el signo o la significación que opera en la vida social y natural gracias a las interacciones humanas, sino que

es, además, la pregunta por el sentido, y esto hace que sus bordes más analíticos toquen los bordes más semióticos de la filosofía. ¿O por qué, acaso, el mismo Gadamer se pregunta qué es un signo, aquello que para Peirce es una aserción a no dudar? Es decir, el filósofo alemán se cuestiona por el ser del interpretar, cuyo nicho no puede ser otro que los signos porque en el interpretar se da el feliz encuentro entre aquello que es mundo o realidad, aquello que signa o designa y aquel que lo interpreta. Si la semiótica no es el amor a los signos sino el estudio que ellos demandan, se debe más a una razón histórica y filológica y menos a la adherencia que el semiota tenga por los signos. El mismo Peirce habla del amor evolutivo y de los signos como el motor de la razón que hace posible que ese amor crezca en favor de la humanidad. La palabra semiótica está compuesta por el término $\sigma\eta\mu\epsilon\iota\omega\nu$ (semeíon, signo) y el sufijo $\tau\iota\kappa\omicron\varsigma$ (-ticos, relativo a). La semiótica no es otra cosa, entonces, que “lo relativo a los signos”, y si se la define como ciencia de los signos es porque en su momento su aspiración era la de alcanzar un método más claro que el que ya le era propio a las disciplinas po-

sitivas. Inclusive Saussure estimó que la ciencia semiótica le brindaría a la lingüística un marco teórico y metodológico amplio, pero el devenir histórico trasvasó esta aspiración, por lo menos en Europa, y fue la lingüística la que se impuso e influyó los demás campos del saber de tal manera que la semiótica terminó supeditada en sus inicios al único logos de la palabra. Algo distinto ocurrió en Estados Unidos, pues allí la semiótica fue filosófica y esto hizo posible un cruce interdisciplinario de gran relieve cuyo impacto apenas se está revelando. De un lado (lo semiológico saussureano) y del otro (lo semiótico peirceano) advienen posturas que llenan el concepto de signo de sucesivas capas de sentido, y lo hacen comparecer ante el tribunal filológico: la aventura del signo y la pregunta por aquello que de filológico tiene lo semiótico o que de semiótico tiene la filología.

La tesis es esta: la filología es semiótica. Esto no significa que ha de confundirse la “filología” con la “semiótica” en tanto campos de saber, pues aquí semiótica se usa en el sentido adjetival. La filología no es semiótica (en el sen-

tido disciplinar), ni la semiótica es filología; pero la filología sí es semiótica, pues el filólogo actúa como un semiota que va tras los signos, y el semiota, sin duda, debe actuar como un filólogo: ha de sentir el amor por los signos tanto como para hacer del signo un documento, esto es, algo sobre lo que se lee y se hace arqueología, y no solo sobre lo que se interpreta. Lo que dice un texto lo dice muy a pesar del autor de ese texto y, a veces, muy a pesar del propio texto. Los signos verbales no se codifican simplemente como signos lingüísticos; a veces lo hacen por la vía semiótica, pero la semiótica no es lingüística. Esto, paradójicamente, no lo han enseñado ni los lingüistas ni los semiotas, sino los artistas. Basta observar lo que han hecho algunos como Barbara Kruger al convertir el texto y la palabra en verdaderas imágenes que expanden el campo visual. En estos dispositivos visuales conviven, como diría W. J. T. Mitchell, palabra e imagen de forma indiscernible, como siendo una sola cosa. Y el filólogo, cuyo oficio le impele a saber algo acerca de la cultura visual y artística, aunque no es especialista en arte, puede aprovechar dicho saber sobre la

imagen para definir una ruta de trabajo sobre lo filológico. Entonces... Un texto, que no es solo un conjunto de signos lingüísticos sino que es también un dispositivo semiótico (que es caligrama, caligrafía, forma, estilema, dibujo, materia, rastra, traza, objeto, entidad...), le exige al filólogo salirse del mero texto y hacer filología de los signos, desentramar la historia y la cultura que le es inherente, socavar las funciones signícas; porque un texto es, al fin y al cabo, un horizonte semiótico de sentido. Este horizonte apela a lo que el texto dice y a lo que el texto calla: filología de las ediciones de Frutos de mi tierra, los significados posibles en los textos que acompañan (¿o son parte de?) las fotografías del archivo de la Madre Laura (el papel, la caligrafía, las manchas del tiempo, la ubicación, la disposición, la tachadura, la enmendadura, la forma...), los textos, dibujos y garabatos de Vallejo, la historia de la cultura de un texto y su cruce con el presente histórico. En este punto estamos en una filología que se torna semiótica, una semiótica que se abre al logos infinito. Allí estamos, sin duda, en el borde de la filosofía, ante otra filo (-logia, -sophia). Otro amor a...

los signos. Silencio. Referencias Barrena, S. (2007). Crecimiento y finalidad

del ser humano según C. S. Peirce. Madrid: RIALP

Biografía

Berti, E. (1994). ¿Cómo argumentan los hermeneutas? En: *Hermenéutica y racionalidad*. Bogotá: Norma, p. 31-59.

Gadamer, H-G. (2001). *El giro hermenéutico*. Madrid: Cátedra.

Gadamer, H-G. (2006). *Estética y hermenéutica*. Madrid: Editorial Tecnos.

Grondin, Jean. (1955). *El legado de la hermenéutica*. Cali: Editorial Universidad del Valle.

Peirce, Ch. (1974). *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Peirce, Ch. (2012). *Obra filosófica reunida (1893-1913)*. Tomo II. México DF: Fondo de Cultura Económica.

*Imagen portada tomada de: <https://www.independent.co.uk/arts-entertainment/art/barbara-krugers-exhibition-the-american-artist-thats-still-shooting-her-mouth-off-with-her-bold-text-9571133.html>



Educación superior: un pilar de la nación que requiere atención

Felipe Osorio Vergara
felipe.osoriov@udea.edu.co

Una educación para todos, gratuita, de calidad, es la base del progreso, el mayor motor de movilidad social y abre las puertas de las oportunidades para los colombianos. La educación les brinda a los niños y jóvenes las oportunidades y les da las herramientas para defenderse y salir adelante. Es además, la mejor semilla para la paz y la equidad (Presidencia de Colombia, 2018, p. 6)¹.

Desde el 2015 el Gobierno de Juan Manuel Santos se había propuesto que el país fuera el “mejor educado de Latinoamérica para 2025”. Por esta misma línea, el actual presidente de la República, Iván Duque, ha sostenido que la educación es y será uno de los pi-

lares de su administración ², por lo que puede verse que en los últimos años el tema de la educación ha sido central en las agendas del Ejecutivo.

En este sentido, es prudente traer a colación que desde el 2010 el dinero destinado para el sector educativo se ha incrementado en más del 80%, pues la cifra invertida en esta materia en 2010 ascendía a 20.8 billones de pesos, mientras que la cifra presentada por este nuevo Gobierno para 2018 es levemente superior a los 35.3 billones de pesos ³. Sin embargo, hay que hacer una salvedad sobre este incremento al sector educativo, ya que según datos de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y el Banco Mundial, el porcentaje del Producto

Interno Bruto (PIB) de Colombia destinado a educación en 2010 era del 4.8%, mientras que para 2018 se estima en un 4.7% 4. Lo anterior quiere decir que el dinero destinado a la educación ha aumentado porque el Presupuesto General de la Nación también lo ha hecho a lo largo de esos ocho años; no obstante, el porcentaje del PIB asignado a materia educativa no ha variado mucho. Por ejemplo, el Presupuesto General de Colombia en 2010 era de 148.3 billones, mientras que el Presupuesto General para 2018 es de 233.5 billones de pesos.

Pero si la educación ha sido el eje tanto de los discursos como de los programas de Gobierno de los mandatarios de la última década en el país, ¿cómo es concebible que la educación superior pública se encuentre desfinanciada hasta el punto de que se encuentre en riesgo su propio funcionamiento y existencia?

De acuerdo al Sistema Universitario Estatal (SUE), organismo que componen las treinta y dos universidades públicas de Colombia, el déficit que enfrentan dichas instituciones de

educación superior en el país supera los 15 billones de pesos, debido a las siguientes razones: la ampliación de la cobertura educativa de parte de las universidades, el fortalecimiento de la misión investigativa de las mismas, el incremento en los programas de internacionalización y, finalmente, el crecimiento de la infraestructura física y tecnológica. Sin embargo, este aumento en los gastos no se ha visto compensado con mayores ingresos girados por la nación, pues de acuerdo al artículo 86 de la Ley 30 de 1992 el incremento del presupuesto de las universidades estatales se hará con base en el índice de precios al consumidor (IPC) y tomando en cuenta el presupuesto del año 1993, razón por la cual desde entonces se viene acumulando un déficit que en 2012 estaba en 11.1 billones pero que para este 2018 supera la escandalosa cifra de 15 billones de pesos, casi cuatro veces el presupuesto del departamento de Antioquia de este año.

Aunque la situación financiera es compleja para las 32 universidades oficiales del país, hay que subrayar que por lo menos la Comisión Tercera del

Congreso de la República (de Hacienda y Crédito Público) el dos de octubre pidió una adición de 500 mil millones de pesos para aliviar la crisis financiera de dichas instituciones de educación superior. De igual modo, el Ministro de Hacienda, Alberto Carrasquilla, aseguró el tres de octubre durante un debate de control político en la Comisión Cuarta del Congreso (de Presupuesto) que adicionaría alrededor de 3.3 billones de pesos al presupuesto de 2019 de las universidades públicas 5. Pese a que este monto no es suficiente para solventar todo el déficit, sí demuestra que el problema del desfinanciamiento universitario ya está siendo escuchado por la Administración pública.

Igualmente, la Unión Nacional de Estudiantes de Educación Superior (UNEES) radicó desde finales de septiembre un pliego de peticiones ante el Gobierno, en donde, entre otras cosas, piden un aumento de 4.5 billones de pesos en el presupuesto de las universidades públicas y solicitan la estructuración de un plan de pago que permita saldar la deuda en un plazo no mayor

a diez años. Asimismo, proponen una “reducción” a los recursos asignados a la guerra 6.

El diez de octubre, a raíz de las marchas estudiantiles en defensa de la educación superior pública, el Gobierno aseguró la asignación de 500 mil millones de pesos para el presupuesto de las universidades para la vigencia 2019 7, pero de dichos recursos solo el 11% (55 mil millones) llegaría directamente a la base presupuestal de las universidades públicas, pues los restantes 445 mil millones son fondos girados al Ministerio de Educación en materia de inversión, por lo que no se puede cubrir con ellos gastos de funcionamiento (que es en donde se acumula gran parte del déficit de las universidades estatales).

Por lo anterior, se requiere con urgencia que el Gobierno destine mayores recursos para solventar el déficit de las instituciones de educación superior pública, ya que los esfuerzos emanados desde la Administración central han sido solo “pañitos de agua tibia” que no brindan una solución estructural al problema del desfinanciamiento. Cabe

destacar que el Congreso cuenta con facultades para modificar la distribución de los dineros del Presupuesto General de la Nación, por lo que esperamos que en esta oportunidad el artículo 69, inciso 4, de nuestra Constitución Política sí sea cumplido a cabalidad, toda vez que en él se señala: “El Estado facilitará mecanismos financieros que hagan posible el acceso de todas las personas aptas a la educación superior”. En caso contrario, los estudiantes seguiremos exigiendo nuestros derechos y no sería de extrañar que se reviviera un movimiento estudiantil semejante al de 1971 .

La educación es el gasto para la defensa más efectivo que existe. Kofi Atta Annan

Notas

1 Presidencia de la República de Colombia. (2018). Colombia Avanza 2010-2018. Recuperado de: <http://colombiavanza.com/wp-content/uploads/2018/07/colombia-avanza-2010-2018.pdf>

2 Sobre este punto se sugiere revisar las propuestas 57 y 60. Véase en

<https://www.ivandunque.com/propuestas/educacion/3>

3 Véase página 25 del Proyecto de Ley de Presupuesto General de la Nación 2018.

4 Colombia es el segundo país de la Alianza del Pacífico que más porcentaje de su PIB invierte en educación, solo superado por Chile que destina un 6,9% de su PIB en esta área. Fuente: Vanegas, A. (9 de abril de 2018) Chile y Colombia, los que más invierten en educación en la Alianza del Pacífico. En La República. Recuperado de <https://www.larepublica.co/globoeconomia/chile-y-colombia-los-que-mas-invierten-en-educacion-en-la-alianza-del-pacifico-2710185>

5 Más información sobre el debate de control político en: Prensa Senado (3 de octubre de 2018). Mayores rubros en educación, salud y paz pidieron senadores de la Comisión Cuarta. Senado de la República. Recuperado de <http://www.senado.gov.co/actualidad/item/28326-mayores-rubros-en-educacion-salud-y-paz-pidieron-senado>

res-de-la-comision-cuarta

6 Sobre este punto hay que señalar que el Ministro de Defensa, Guillermo Botero, dijo durante un debate de control político en la Comisión Segunda del Congreso (de Relaciones internacionales y defensa nacional) que más del 80% del presupuesto del Ministerio (que asciende a 33 billones) se utiliza en gastos de nómina, salud, pago de demandas y mantenimiento del armamento y equipos, por lo que el monto que queda para inversión es reducido. Además, el dos de octubre Botero descartó la compra de un sistema de defensa antiaérea por 1.1 billones de pesos ya que no hay recursos para dicha adquisición. Asimismo, el Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo publicó un informe en donde ubica a Colombia como el país de América Latina que desde 2003, en promedio, ha destinado más porcentaje de su PIB para seguridad y defensa. Así, por ejemplo, en 2017 invirtió el 3.1% de su PIB para defensa, estando a la par de Estados Unidos que también gastó el mismo porcentaje en dicha materia. Informe completo disponible en: https://www.sipri.org/sites/default/files/3_Data%20for%20all%20countries%20from%201988%E2%80%932017%20as%20a%20share%20of%20GDP.pdf

7 Ministerio de Educación Nacional de Colombia (2018). Gobierno asegura asignación de 500,000 millones de pesos para educación superior pública en presupuesto del 2019. [En línea] Recuperado de <https://www.mineducacion.gov.co/1759/w3-article-377439.html> [12 Oct. 2018].

8 Dicho movimiento estudiantil tenía como consigna: “Por una educación nacional, científica y de masas”.

Escritura creativa

Quinto Día

Lorena Arrubla
lorearrubla25@gmail.com

Pasó un día, pasaron dos Pasaron tres
y cuatro Y aun no deja de caer el rocío
Sobre las flores que se han marchita-
do Primero una, luego la otra Y sigue
cayendo el rocío No cesa, y no deja de
doler, Solo resta un día Como si el do-
lor se fuera diciendo: “es el quinto día”
Pero no me basta No alcanza ese tiem-
po Para decirte adiós.

Maná

Alejandro Vega Carvajal
alejovega123@hotmail.com

—¡Somos semilla!— gritó Moisés al pueblo suscitado. El excitado Dios también lo escuchó y abrió sus piernas vibrantes y saladas. El pueblo penetró el fuerte cuerpo de agua, quería agarrar su promesa: la cadera robusta y fértil de la que brota la leche y la miel.

En cuanto los egipcios quisieron ser parte de la orgía, el Dios juntó las rodillas y los tobillos y los apretó hasta ahogarlos.

Encima del vientre de la tierra el pueblo de Moisés festejó. Su Dios les dio a probar el jugo de la vida.

Lectura recomendada

“Las grosellas” de Antón Pávlovich Chéjov (1898)



Desde la mañana temprano todo el cielo se cubrió de nubes de lluvia; el ambiente era suave, tibio y pesado, como en esos días grises y encapotados, cuando sobre los campos se amontonan largo tiempo gruesas nubes que amenazan lluvia, que no acaba de caer. El veterinario Iván Ivánich y el profesor de instituto Burkin estaban fatigados de la marcha y los campos les parecían infinitos. En lontananza apenas se distinguían los molinos de viento de la aldea de Mironósitskoie; a la derecha se extendía una cadena de colinas que se perdía en la lejanía, detrás de la aldea; ambos sabían que era la orilla del río, que allí había praderas, sauces verdes, casas señoriales, y que, si se subía a una de esas colinas, se divisaba otro campo igual de inmenso, postes de telégrafo y un tren que desde lejos parecía una oruga que se arrastrara por la tierra; con tiempo despejado desde allí podía verse hasta la ciudad. Ese día el tiempo era sereno, toda la naturaleza tenía un aspecto delicado y pensativo; Iván Ivánich y Burkin se sentían penetrados de amor por esos campos y ambos ponderaban la grandeza y belleza de esa región.

—La última vez que estuvimos en el granero del starosta Prokofi —dijo Burkin—, se disponía usted a contarme una historia.

—Sí, en aquella ocasión quería hablarle de mi hermano.

Iván Ivánich exhaló un prolongado suspiro y encendió la pipa, con intención de dar comienzo a su relato, pero en ese mismo instante empezó a llover. Cinco minutos después caía una lluvia cerrada y copiosa, cuyo final no resultaba fácil predecir. Iván Ivánich y Burkin se detuvieron, sin saber qué hacer; los perros, ya mojados, estaban inmóviles, con el rabo entre las piernas, y les miraban con ternura.

—Tenemos que refugiarnos en algún sitio —dijo Burkin—. Vamos a casa de Aliojin. Está cerca.

—Vamos.

Torcieron a un lado, atravesaron un campo de rastrojos, tan pronto avanzando en línea recta como girando a la derecha, y acabaron desembocando en un camino. Pronto divisaron unos ála-

mos, un jardín, y algo después los tejados rojos de unos graneros; centelleó el río y ante ellos surgió una vasta extensión de agua con un molino y una blanca caseta de baños. Era Sófino, donde vivía Aliojin.

El molino estaba funcionando y apagaba el rumor de la lluvia; la presa vibraba. Cerca de los carros había unos caballos mojados, con la cabeza gacha, y algunas personas iban y venían, protegiéndose de la lluvia con sacos. El lugar era húmedo e inhóspito y estaba embarrado; el agua tenía un aspecto frío y maligno. Iván Ivánich y Burkin estaban empapados y sucios, sentían malestar en todo el cuerpo y las piernas pesadas por el barro; atravesaron la presa y subieron hasta los graneros de la hacienda; iban en silencio, como si estuvieran enfadados.

En uno de los graneros zumbaba una aventadora; la puerta estaba abierta y por ella se escapaba una nube de polvo. En el umbral estaba el propio Aliojin, hombre de unos cuarenta años, alto, grueso, con cabellos largos, más parecido a un profesor o a un pin-

tor que a un propietario rural. Llevaba una camisa blanca, que hacía tiempo no se lavaba, un cinturón de cuerda y unos calzones en lugar de pantalones; sus botas también estaban manchadas de barro y paja. Tenía la nariz y los ojos negros de polvo. Reconoció a Iván Ivánich y Burkin y pareció alegrarse mucho de verlos.

—Por favor, señores, entren en la casa —dijo, sonriendo—. En seguida estoy con ustedes.

Era un edificio grande, de dos plantas. Aliojin vivía abajo, en dos habitaciones abovedadas y con pequeñas ventanas, antaño ocupadas por los capataces; el mobiliario era sencillo y olía a pan de centeno, vodka barato y arneses. Apenas utilizaba las habitaciones principales del primer piso, sólo cuando había visitas. Iván Ivánich y Burkin fueron recibidos por la doncella, una mujer joven y tan hermosa que ambos se detuvieron a la vez y se miraron.

—No se imaginan ustedes cuánto me alegro de verlos, señores —dijo Aliojin, entrando tras ellos en el recibi-

—¡La verdad es que no les esperaba! Pelagueia —añadió, dirigiéndose a la doncella—, traiga algo de ropa para que estos señores puedan cambiarse. Y ya de paso también me cambiaré yo. Pero será mejor que me lave primero; creo que no me lavo desde la primavera. Señores, ¿no quieren darse un baño en el río mientras aquí preparan todo lo necesario?

La bella Pelagueia, de aspecto tan delicado y frágil, trajo toallas y jabón, y Aliojin y sus huéspedes se dirigieron a la caseta de baños.

—Sí, hace tiempo que no me baño —dijo, mientras se desvestía—. La caseta la construyó mi padre y, como ven, es buena, pero nunca tengo ocasión de utilizarla.

Se sentó en un peldaño y se enjabonó los largos cabellos y el cuello; a su alrededor, el agua se volvió de color marrón.

—Ya lo veo... —dijo Iván Ivánich sin ambages, mirando la cabeza de su anfitrión.

—Hace tiempo que no me lavo... —repetió Aliojin, turbado, y volvió a enjabonarse; esta vez el agua adquirió un color azul oscuro, como tinta.

Iván Ivánich salió al exterior, se zambulló en el río con estrépito y se puso a nadar bajo la lluvia con grandes brazadas; sus movimientos provocaban olas, sobre las cuales se balanceaban blancos nenúfares; llegó hasta la mitad del cauce, se sumergió y, al cabo de un minuto, apareció en otro lugar y siguió nadando, hundiéndose a cada momento con intención de alcanzar el fondo. «Ah, Dios mío... —repetía con fruición—. Ah, Dios mío...» Fue hasta el molino, intercambió algunas palabras con los campesinos y dio la vuelta; cuando llegó a la mitad del río, se quedó flotando boca arriba, con la cara expuesta a la lluvia. Burkin y Aliojin ya se habían vestido y se disponían a marcharse, pero él seguía nadando y sumergiéndose.

—Ah, Dios mío... —decía—. Ah, Señor, apiádate de nosotros.

—¡Salga de una vez! —le gritó Burkin.

Regresaron a la casa. Sólo entonces en el gran salón de arriba encendieron la lámpara; Burkin e Iván Ivánich, ataviados con batas de seda y gruesas zapatillas, se sentaron en sendos sillones, mientras Aliojin, lavado, peinado y con una chaqueta nueva, iba y venía por la habitación, visiblemente satisfecho de esa nueva sensación de limpieza y calor, de sus ropas secas y su calzado ligero. Sólo cuando la bella Pelagueia, caminando sin ruido por la alfombra y esbozando una delicada sonrisa, trajo en una bandeja té y mermelada, Iván Ivánich dio inicio a su relato, que parecían escuchar no sólo Burkin y Aliojin, sino también las damas viejas y jóvenes y los oficiales que miraban con aire severo y apacible desde sus marcos dorados.

—Éramos dos hermanos —comenzó—, yo, Iván Ivánich, y Nikolái Ivánich, dos años más joven. Yo cursé estudios y me convertí en veterinario, mientras Nikolái empezó a trabajar a los diecinueve años en la delegación de Hacienda. Nuestro padre, apellidado Chimshá-Guimalaiski, era un antiguo cantonista, pero consiguió alcanzar el

grado de oficial, dejándonos un título de nobleza hereditario y una pequeña hacienda. Aunque después de su muerte nos arrebataron esa propiedad en un pleito por deudas, no por eso dejamos de pasar la infancia en el campo, al aire libre. Lo mismo que los hijos de los campesinos, pasábamos el día y la noche en la llanura o en el bosque, cuidábamos de los caballos, arrancábamos la corteza de los árboles, pescábamos y nos ocupábamos de otras tareas semejantes... Y, como saben ustedes, aquel que al menos una vez en la vida ha cogido una perca o ha visto volar por encima de la aldea una bandada de tordos, una despejada y fría jornada de otoño, no será nunca un habitante urbano y hasta la muerte se sentirá atraído por la vida rural. Mi hermano languidecía en la delegación de Hacienda. Los años se sucedían y él seguía en el mismo lugar, escribiendo siempre los mismos documentos y pensando en una sola cosa: cómo regresar al campo. Esa nostalgia se fue transformando poco a poco en un deseo preciso, en un sueño: comprarse una pequeña propiedad a la orilla de un río o un lago.

»Era un hombre bueno y amable, y yo le tenía cariño, aunque nunca compartí su deseo de encerrarse toda la vida en una hacienda. Se suele decir que el hombre sólo necesita tres arshines de tierra, pero ése es el espacio apropiado para un cadáver, no para un hombre. También se afirma ahora que es bueno que nuestras clases ilustradas se sientan atraídas por la tierra y aspiren a tener una propiedad. Pero de esas propiedades se puede decir lo mismo que de los tres arshines. ¿Cómo puede llamarse vida a abandonar la ciudad, la lucha y el rumor de la existencia para encerrarse en una propiedad? Eso es egoísmo, pereza, una especie de monacato, pero un monacato sin ningún mérito. Lo que el hombre necesita no son tres arshines de tierra ni una propiedad, sino el globo terrestre, la naturaleza entera, para poder manifestar sin trabas todas las cualidades y peculiaridades de su espíritu libre.

»Mi hermano Nikolái, sentado en su oficina, soñaba con preparar un día su propia sopa de verduras, cuyo apetitoso olor se extendería por todo el patio; con almorzar sobre la hierba, dormir

al sol, pasarse horas enteras sentado en un banco junto a la puerta, mirando los campos y el bosque. Los libros de agricultura y todos esos consejos que se dan en los almanaques constituían su alegría, su máspreciado alimento espiritual; también le gustaba leer periódicos, pero sólo buscaba los anuncios de venta de tantas desiatinas de tierras de labor y prados, con casa señorial, río, jardín, molino y estanque. Y se representaba las avenidas del jardín, las flores, las frutas, los nidos de estorninos, las carpas de los estanques y otras muchas cosas del mismo jaez. Esos cuadros imaginarios variaban según los anuncios que caían en sus manos, pero, por alguna razón, en todos ellos había siempre grosellas. No podía imaginarse una hacienda o un rincón poético sin grosellas.

»—La vida en el campo tiene sus ventajas —decía a veces—. Puedes tomar el té en el balcón, mientras tus patos nadan por el estanque, el aroma de las flores se difunde por el aire y... las grosellas maduran.

»Trazaba el plan de su hacienda,

y siempre lo concebía en los mismos términos: a) la casa de los dueños, b) la de los criados, c) el huerto, d) las grosellas. Vivía con estrecheces: no comía ni bebía lo que le apetecía, se vestía de cualquier manera, como un mendigo, y todo lo ahorraba y lo depositaba en el banco. Se hizo terriblemente avaro. Me daba pena verlo y trataba de ayudarlo, enviándole dinero y regalos los días de fiesta, pero también eso lo reservaba. Cuando a un hombre se le mete una idea en la cabeza, no hay nada que hacer.

»Pasaron los años, lo trasladaron a otro distrito, había cumplido ya los cuarenta y seguía leyendo los anuncios de los periódicos y economizando. Poco después me enteré de que se casaba. Siempre con el mismo objetivo, comprarse una hacienda con grosellas, contrajo matrimonio con una viuda vieja y fea, por la que no sentía el menor cariño, sólo porque tenía bienes. Una vez casado, siguió viviendo con estrecheces, haciendo pasar hambre a su mujer y apropiándose de su dinero, que metió en el banco a su nombre. La mujer había estado casada en primeras nupcias con un funcionario de correos y

se había acostumbrado a los pasteles y los licores, pero con su segundo marido ni siquiera podía saciarse de pan negro; con semejante régimen de vida no tardó en languidecer y al cabo de unos tres años entregó su alma a Dios. Ni que decir tiene que mi hermano no pensó ni por un momento que él era el responsable de su muerte. El dinero, como el vodka, hace a los hombres extravagantes. En nuestra ciudad, por ejemplo, murió hace poco un mercader. Antes de morir pidió que le trajeran un plato de miel y se tragó con ella todo el dinero y los billetes para que nadie se aprovechara de ellos. Un día, en la estación, estaba examinando un rebaño, cuando un tratante de caballos cayó bajo una locomotora, que le cortó una pierna. Lo llevamos al hospital; la sangre manaba a chorro, la situación era espantosa; pero el herido solicitaba sin descanso que buscaran su pierna, lleno de preocupación; resultaba que en la bota de la pierna seccionada había diez rublos que podían perderse.

—Ésa es ya otra historia —dijo Burkin.

—Cuando murió su mujer —con-

tinuó Iván Ivánich, tras medio minuto de reflexión—, mi hermano empezó a buscar una propiedad. Naturalmente, aunque se pase uno cinco años buscando, al final acaba equivocándose y comprando algo muy distinto de lo que había soñado. Mi hermano Nikolái, a través de un intermediario, compró una propiedad hipotecada de ciento veinte desiatinas, con una casa para los dueños, otra para los criados y un parque, pero sin huerto de frutales, ni grosellas, ni estanques con patos; había un río, pero sus aguas eran de color café, pues a un lado de la propiedad había una fábrica de ladrillos y al otro un quemadero de huesos. Pero nada de eso pareció preocuparle; encargó veinte groselleros, las plantó y empezó su vida de hacendado.

»El año pasado fui a visitarlo. “Vamos a ver qué tal le va”, pensé. En sus cartas mi hermano llamaba a su hacienda “el Baldío de Chumbaroklov” o “Guimalaiskoie”. Llegué a Guimalaiskoie después del mediodía. Hacía calor. Por todas partes había zanjas, vallas, setos, hileras de abetos, de modo que uno no sabía cómo entrar en el patio o

dónde dejar el caballo. Cuando me dirigía a la casa, salió a mi encuentro un perro gordo, de pelo rojizo, parecido a un cerdo. Quiso ladrar, pero la pereza se lo impidió. De la cocina surgió una cocinera, gruesa, descalza, también parecida a un cerdo, y dijo que el señor estaba haciendo la siesta. Entré en la habitación de mi hermano y lo vi sentado en la cama, con las rodillas cubiertas por una manta; lo encontré envejecido, obeso, fofo; sus mejillas, su nariz y sus labios tendían hacia delante, como si tuviera intención de gruñirle a la manta.

»Nos abrazamos y vertimos lágrimas de alegría y luego de tristeza, al pensar que antaño éramos jóvenes y ahora ambos peinábamos canas y estábamos a un paso de la muerte. Se vistió y se dispuso a enseñarme la propiedad.

»—Bueno, ¿qué tal te va? —le pregunté.

»—Por ahora, gracias a Dios, las cosas me van bien.

»Ya no era el pobre y humilde funcionario de antes, sino un verdade-

ro hacendado, un propietario rural. Se había aclimatado y habituado al lugar y le había tomado gusto a esa vida; comía mucho, tomaba baños de vapor, había engordado, había entablado ya un proceso con la comunidad y con ambas fábricas y se ofendía muchísimo cuando los campesinos no le llamaban “excelencia”. Se preocupaba seriamente de su alma, como un verdadero señor, y realizaba buenas acciones, pero no de cualquier manera, sino con aire de importancia. ¿En qué consistían esas buenas acciones? Curaba todas las enfermedades de los campesinos con bicarbonato y aceite de ricino y el día de su santo hacía celebrar en medio de la aldea un servicio de acción de gracias y luego distribuía medio cubo de vodka, pensando que era algo necesario. ¡Ah, esos horribles medios cubos de vodka! Hoy un propietario gordo lleva a los campesinos ante el juez de paz acusándolos de meter el ganado en sus tierras y mañana, con ocasión de alguna fiesta, les ofrece medio cubo de vodka; ellos lo beben, gritan “hurra” y, ya borrachos, hacen profundas reverencias. La mejora en las condiciones de vida, la abundancia y la ociosidad desarrollan en el

ruso la presunción más desvergonzada. Nikolái Ivánich, que cuando trabajaba en la delegación de Hacienda temía tener opiniones personales, hasta en su fuero interno, ahora sólo enunciaba verdades, con el aire de un ministro: “La instrucción es indispensable, pero para el pueblo aún es prematura”, “los castigos corporales en general son perjudiciales, pero en algunos casos resultan útiles e insustituibles”.

»—Conozco a mis gentes y sé cómo tratarlas —afirmaba—. Me tienen cariño. Basta que mueva un dedo para que hagan cualquier cosa que les pida.

»Y todo eso, fíjense, lo decía con una sonrisa bondadosa y discreta. Repitió unas veinte veces: “Nosotros, los nobles”, “yo, como noble”; sin duda se había olvidado de que nuestro abuelo era campesino y nuestro padre soldado. Hasta nuestro apellido Chimshá-Guimalaiski, verdaderamente absurdo, le parecía ahora sonoro, ilustre y muy agradable.

»Pero no se trataba de él, sino de

mí. Quiero contarles el cambio que se operó en esas pocas horas que pasé en su hacienda. Por la tarde, mientras tomábamos el té, la cocinera puso sobre la mesa un plato lleno de grosellas. No eran compradas, sino de sus propios groselleros, las primeras que daban las matas desde que las habían plantado. Nikolái Ivánich se echó a reír y durante un minuto estuvo contemplando las grosellas en silencio, con lágrimas en los ojos —la emoción le impedía hablar—; luego se llevó una a la boca, me miró con el aire triunfante de un niño que por fin ha conseguido su juguete favorito y dijo:

»—¡Qué buena!

»Las comía con avidez, sin dejar de repetir:

»—¡Ah, qué buenas! ¡Pruébalas!

»Eran unas grosellas duras y ácidas, pero, como dice Pushkin, “un engaño que nos exalta tiene más valor para nosotros que mil verdades”. Contemplaba a un hombre que, sin ninguna duda, había visto cumplido su sueño

más ansiado, había alcanzado el fin de su vida, había obtenido lo que quería y estaba satisfecho con su destino y consigo mismo. Mis pensamientos sobre la felicidad humana siempre han estado mezclados con elementos de tristeza y ahora, al ver a una persona dichosa, me dominó una sensación penosa, próxima a la desesperación. Especialmente difícil fue la noche. Me prepararon un lecho en la habitación contigua al dormitorio de mi hermano, de tal modo que podía oír cómo éste, desvelado, se levantaba, se acercaba al plato de grosellas y cogía una cada vez. Me imaginaba cuántas personas felices y satisfechas hay en realidad. ¡Qué fuerza tan abrumadora! Fíjense ustedes en esta vida: el descaro y la ociosidad de los fuertes, la ignorancia y la bestialidad de los débiles; y por todas partes una pobreza insostenible, apreturas, degeneración, embriaguez, hipocresía, mentiras... Entretanto en todas las casas y calles reinan el silencio y la calma; de los cincuenta mil habitantes de una ciudad, no hay uno solo que grite, que se indigne en voz alta. Vemos a los que van al mercado, comen de día, duermen de noche, a los que dicen naderías, se casan, envejecen, lle-

van tranquilamente a sus muertos al cementerio; pero no vemos ni oímos a los que sufren y lo más terrible de la vida sucede entre bastidores. Todo está en calma y en silencio, sólo protesta la muda estadística: tantos locos, tantos cubos de vodka bebidos, tantos niños muertos de hambre... Probablemente ese orden es necesario; probablemente las personas felices se sienten bien sólo porque los desdichados llevan su carga en silencio; sin ese silencio, la felicidad sería imposible. Es una hipnosis colectiva. Detrás de la puerta de toda persona satisfecha y feliz debería haber alguien con un martillo que le recordara en todo momento con sus golpes que hay personas desdichadas, que, por muy feliz que uno sea, la vida le enseñará sus garras más tarde o más temprano, que le sobrevendrá alguna desgracia —enfermedad, pobreza, pérdida— y que nadie lo verá ni lo oirá, de la misma manera que él ahora no ve ni oye a los otros. Pero el hombre del martillo no existe, el individuo feliz vive libre de cuidados, las menudas preocupaciones de la vida le agitan tan poco como el viento los álamos, y todo va a las mil maravillas.

»Esa noche comprendí que también yo era un hombre feliz y satisfecho —continuó Iván Ivánich, levantándose—. También yo, cuando me siento a comer o voy de caza, he sermoneado sobre cómo hay que vivir, creer y guiar al pueblo. Yo también he afirmado que la enseñanza es la luz, que la educación es imprescindible, pero que para las personas sencillas de momento basta con saber leer y escribir. La libertad es un bien, decía, no se puede vivir sin ella, como tampoco sin aire; pero hay que esperar. Sí, así hablaba, pero ahora les pregunto: ¿esperar en nombre de qué? —dijo Iván Ivánich, mirando a Burkin con enfado—. ¿Esperar en nombre de qué, les pregunto? ¿En nombre de qué consideración? Se me dice que no se puede hacer todo de golpe, que en la vida cada idea debe realizarse poco a poco, a su debido tiempo. Pero ¿quién lo dice? ¿Dónde está la prueba de que eso es cierto? Apelan ustedes al orden natural de las cosas, a la ley de los acontecimientos, pero ¿existen un orden y una ley que obliguen a un hombre vivo y pensante como yo a quedarse quieto delante de una zanja, esperando a que se cierre por sí misma o se cubra de cieno,

cuando tal vez podría saltar por encima o tender un puente? Y vuelvo a repetir: ¿esperar en nombre de qué? Esperar a no tener fuerzas para vivir, cuando en realidad hay que vivir y quiere uno vivir.

»Me marché de casa de mi hermano por la mañana temprano; desde entonces, me ha resultado insoportable vivir en la ciudad. Su silencio y su tranquilidad me oprimen, me da miedo mirar por la ventana, pues no hay espectáculo que más me deprima que una familia feliz tomando té en torno a una mesa. Ya soy viejo y no valgo para la lucha, ni siquiera soy capaz de odiar. Me limito a sufrir, a irritarme, a lamentar; por la noche me arde la cabeza de tanto pensar y no puedo dormir... ¡Ah, si fuera joven!

Presa de una gran agitación, Iván Ivánich se paseó de un extremo al otro de la habitación y repitió:

—¡Si fuera joven!

De pronto se acercó a Aliojin y le estrechó una mano y luego la otra.

—Pável Konstantínich —exclamó con voz suplicante—, ¡no se abandone usted, no se amodorre! ¡Mientras sea joven, fuerte y animoso, no deje de hacer el bien! La felicidad no existe ni debe existir, pero si la vida tiene un fin y un sentido, éstos no consisten en nuestra dicha, sino en algo más sensato y más grande. ¡Haga usted el bien!

Todas esas palabras las pronunció con una sonrisa lastimosa y suplicante, como si estuviera pidiendo algo para sí mismo.

Luego los tres se quedaron sentados durante un rato, cada uno en un extremo del salón, y guardaron silencio. La narración de Iván Ivánich no había satisfecho a Burkin ni a Aliojin. Escuchar la historia de un pobre funcionario que come grosellas resultaba aburrido cuando varios generales y damas, que parecían vivos en la penumbra, les contemplaban desde sus marcos dorados. En ese ambiente se sentían deseos de contar y escuchar relatos de personas distinguidas y de mujeres. La presencia de los tres hombres en ese salón, donde todo —las lámparas en sus fundas, los

sillones, las alfombras bajo los pies— indicaba que antaño por esa misma habitación deambularon, se sentaron y bebieron té aquellos individuos que ahora les miraban desde sus marcos, así como la visión de la bella Pelagueia, que caminaba sin ruido por la pieza: todo eso valía más que cualquier relato.

Aliojin se caía de sueño; se había levantado muy temprano, antes de las tres, para trabajar en la hacienda y ahora los ojos se le cerraban, pero temía que los invitados contaran algo interesante en su ausencia, de modo que no se retiraba. No quiso entrar a valorar si era sensato o justo lo que acababa de decir Iván Ivánich; sus huéspedes no hablaban de la avena, del heno o del alquitrán, sino de algo que no tenía relación directa con su vida; se sentía contento y quería seguir escuchándolos...

—Es hora de irse a dormir —dijo Burkin, levantándose—. Permítanme que les desee buenas noches.

Aliojin se despidió y bajó a su cuarto, mientras los invitados se quedaron arriba. Les habían preparado

una gran habitación con dos viejas camas de madera, adornadas con entalladuras; en un rincón había un crucifijo de marfil; los lechos amplios, frescos, preparados por la bella Pelagueia, exhalaban un agradable olor a sábanas limpias.

Iván Ivánich se desvistió en silencio y se acostó.

—¡Señor, perdona nuestros pecados! —dijo, cubriéndose la cabeza con la manta.

Su pipa, depositada sobre la mesa, desprendía un fuerte tufo a tabaco; Burkin, que tardó mucho en dormirse, no podía comprender de dónde procedía ese olor.

La lluvia estuvo tamborileando en las ventanas toda la noche.